

**FEDERICO
MOCCIA**

A3MSC 3

Tres
veces
tú



EDICIÓN NO VENAL

Extracto

Título original: *Tre volte tu*

© Federico Moccia, 2016

www.federicomoccia.es

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© por la traducción, Maribel Campmany, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición del libro completo: enero de 2017

ISBN de la obra completa: 978-84-08-16599-6

Composición: Víctor Igual, S. L.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

«El amor es cuando la felicidad de otra persona
es más importante que la tuya.»

H. JACKSON BROWN

SEIS

Cuando me dispongo a entrar en la ducha, Alberto se está desnudando.

—¿Qué haces?, ¿te quedas a comer? —me pregunta con amabilidad.

—Sí, pero tengo que resolver algunos asuntos...

—De acuerdo. ¡Qué buen partido!

—Siempre está bien cuando se gana.

—¡Sí, pero todavía es mejor si se gana a alguien que se lo cree demasiado! ¡Han entrado en la pista como si les aburriera tener que jugar contra dos tipos como nosotros!

—¡Es verdad, pero al final lo han pasado bien!

—¡Ja, ja, ja, sobre todo cuando la has emprendido a palazos con ellos!

Y nos despedimos encajando la mano, pero con un gesto casi fraternal, cogiéndonos por los pulgares, como si fuéramos amigos de toda la vida y no simplemente desde este partido. Entonces abro el grifo de la ducha, dejo el champú en el hueco de la pared y me meto debajo del chorro, sin preocuparme de la temperatura. Está fresca, es agradable. Luego se va calentando un poco, relajo los músculos, me abandono, cierro los ojos y siento que el agua dilata incluso las contracturas más recónditas, los repentinos dolores de los recuerdos que afloran. Esa simpatía de Pollo que todavía hoy echo de menos, su manera de quererme por encima de cualquier cosa. Cuando vi la película *El indomable Will Hunting*, pensé en la relación entre Ben Affleck y Matt Damon. Pues para mí él era parecido a Ben, a pesar de que yo nunca me he considerado ningún genio. Abrí la empresa y empecé a trabajar gracias a un golpe de suerte y a una dosis de buena

intuición, me inventé una biografía laboral sin pensarlo mucho, pero cuando me di cuenta de que había puesto la marcha correcta, no volví a cambiarla y decidí dar gas al máximo. Ahora el agua sale más caliente, los pensamientos se mezclan. Perder a un amigo tan grande cuando todavía eres joven hace que te despiertes de repente. Te creías inmortal y te das cuenta de que eres un gilipollas. Te sientes amputado. Vivo, pero sin tu amigo. Perder un brazo me habría hecho sentir más íntegro. Me fui acostumbrando a la muerte de Pollo poco a poco. Fue como despertarse y vislumbrar la luz después de un duro período de oscuridad. Ya no buscaba emociones fuertes, los sobresaltos que te da la noche, la adrenalina de las carreras de motos. Volvía a la vida dejándome arrebatar por los pequeños detalles. Algunas veces me divierten las cosas graciosas que suceden y en las que nadie se fija. La señora que cruza por el paso de peatones y a la que se le rompe la bolsa de plástico con las naranjas; un chiquillo coge una y se la mete en el bolsillo. Una madre y su hija que discuten por la calle cuando esta última acaba de salir del colegio. «Esta noche tengo un dieciocho cumpleaños.» «¿Otro?» «Mamá, me hiciste adelantar un curso; ¡este año todos cumplen los dieciocho!» «Está bien, pero a la una en casa.» «¿A la una? ¡Pero si la fiesta empieza a la una!» «¡Los dieciocho se cumplen a medianoche!» «Bueno, pero quiero decir que el rollo es a la una.» «¿El rollo?» «¡La farra! La otra noche no empezó la farra hasta las dos.» «Pero ¿qué dices? ¡No te entiendo!» «Por Dios, mamá, de todo haces un drama...» Dos chicos que se besan apoyados en la moto con el sol de la hora de comer mientras la gente pasa y los mira con envidia. Y sus móviles en el bolsillo tal vez sonando. Inútiles llamadas de padres preocupados se pierden en sus sonrisas, se miran a los ojos, se besan con las bocas abiertas, con las lenguas saliendo insolentes, tan orgullosos de ese amor, de esas ganas. Y sus sonrisas rebosan de deseo y de sexo, de esa promesa que él busca más que nada en los ojos de ella. Si todavía no lo han hecho. Y el agua sigue discurriendo sobre mí, como las imágenes de Pollo, que me salpican, mientras me dirijo a la fiesta de Babi. La última carrera. Luego todo se apaga. Pollo está en el suelo, caído en una competición de imbéciles, y yo le susurro las únicas palabras posibles: «Te echaré de menos», y le acaricio el rostro como nunca lo había hecho. Pollo atraviesa mis pensamientos con su

moto, me observa divertido, como si estuviera al tanto de mi vida, de todo lo que ha ocurrido y ocurrirá. Y parece reírse y sacude la cabeza como diciendo: «Pero ¿de qué coño te ríes, si yo tampoco sé nada de lo que pasará?». Si Alberto entrara ahora y me viera aquí hablando con el teléfono de la ducha en la mano... Con alguien que no está. Aunque él está siempre. E inmediatamente después Pollo hace el caballito, desaparece así de la vista de mis recuerdos, pero me encuentro a alguien más. Sí, me vuelvo y ella está ahí, en el banco, leyendo un libro. Es joven, es guapa, el pelo le llega a la altura de los hombros, lleva unas gafas grandes y de repente pone la mano sobre la página de su libro, como si no quisiera perder el punto, y luego levanta la mirada, se sube las gafas a la cabeza para ver mejor y se frota los ojos, quizá también a causa del excesivo sol. Después sonrío serena, sí, me ha visto, y yo, como para que esté más tranquila, aparezco en medio de la escena. «¡Estoy aquí, mamá! ¡Mira lo que he encontrado!» Y corro hacia ella con mi largo pelo al viento y algo que llevo en las manos. Y, cuando llego allí delante, tengo las manos entrelazadas sobre la tripa, hago una extraña mueca como si supiera ya que me va a castigar. «Vamos, déjame ver.» Entonces ya no espero más, abro las manos y sonrío. «¡Una flecha antigua, de la época de los romanos o de los sioux!», y sujeto con fuerza entre el pulgar y el índice de ambas manos un trozo de madera con un extremo triangular de piedra, estropeada, antigua. «¿Dónde la has encontrado?» «Allí abajo —digo, y le señalo un lugar detrás de mí, más o menos impreciso—. ¿Puedo llevármela a casa?» «Sí, dámela...» Y todavía recuerdo que cogió un pañuelo de papel de un paquete de plástico y lo envolvió alrededor de ese trozo de flecha, dándole además cierta importancia, al menos para mí, de tal manera que quise insistir: «Mamá, con cuidado...». «Sí, sí..., con mucho cuidado, aunque te he dicho mil veces que no debes coger cosas del suelo...» Y nos la llevamos a casa y enseguida se la enseñé a papá, en cuanto llegó de trabajar, y él también se alegró de mi descubrimiento. «La he encontrado en Villa Borghese.» «Pues debe de ser lo que tú dices: es de los sioux. Un día, un verano, pasaron por allí y yo los vi.» «¿De verdad?» Quería saber más de esos indios y pregunté si los *carabinieri* que veía siempre a caballo en Villa Borghese los habían seguido. Papá se rio y también mamá. «Puede que sí», me dijo él,

y luego la abrazó y se besaron, y yo me sentí feliz por su carcajada y por lo bien que estaban.

El agua de la ducha sale más caliente, estoy a gusto aquí. El cansancio del pádel ha desaparecido, pero este último recuerdo de mi madre persiste. Pienso en su belleza, en mi descubrimiento, en cómo se precipitó todo entre nosotros, y en cómo dejaron de quererse, en cómo ella se apagó y en cómo cambia la vida. Y en cómo todo, sin embargo, sigue adelante.

—Habéis tenido suerte...

Abro los ojos. Han entrado los dos chicos que han jugado contra nosotros, parecen haber recuperado la seguridad en sí mismos. Me da por fijarme mejor en ellos. Tampoco son tan «apuestos». Me echo a reír.

—Sí, es verdad. Es realmente así: hemos tenido suerte.

Y salgo de la ducha. Menos mal que siempre hay alguien que consigue hacerme reír.